TENDENCIAS Y DESAFÍOS EN LA PROFESIÓN DOCENTE UNIVERSITARIA: AUTORIDAD MORAL, FORMACIÓN DE PERSONALIDAD Y RELACIONES EDUCATIVAS EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR

TRENDS AND CHALLENGES IN THE UNIVERSITY TEACHING PROFESSION: MORAL AUTHORITY, PERSONALITY DEVELOPMENT AND EDUCATIONAL RELATIONS IN HIGHER EDUCATION

Jesús Estupiñán Ricardo[1]
E-mail: jestupinan2728@gmail.com
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-1595-6174
Angel Braulio Martinez Vasquez[1]
E-mail: vasmarti10@gmail.com
ORCID: https://orcid.org/0009-0007-7825-8465
Karina Almenares Peña[1]
E-mail: karina311022@gmail.com
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-8349-1604
Jean P. Ramos-Carpio[1]
E-mail: jeanpierrer88@gmail.com
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-5809-8387
[1] CCGECON-Centro de Capacitación y Gestión del Conocimiento. Ecuador.

RESUMEN

El propósito principal de esta investigación radica en la identificación de nuevas direcciones para la profesión docente académica en respuesta a los desafíos contemporáneos en la educación superior. Para lograrlo, se empleó un enfoque que combinó un análisis teórico con la revisión de investigaciones empíricas recientes. La investigación se centró en abordar tres

cuestiones clave: el origen del ethos del profesor académico como modelo personal y su continua relevancia, las funciones profesionales y roles sociales de los docentes universitarios, y los dilemas pedagógicos que enfrentan. Los resultados subrayan la importancia de la autoridad moral, la formación de la personalidad y la necesidad de superar los desafíos en las interacciones entre educadores y estudiantes con el fin de enriquecer y fortalecer el sistema educativo. La labor de los profesores no se limita únicamente a la investigación y la contribución al avance del conocimiento, sino que también abarca la formación de nuevos talentos y la promoción de la independencia científica. Esto requiere habilidades como la autonomía y la adaptación a las demandas sociales, además de la capacidad de aplicar nuevos enfoques y conocimientos. Además, los profesores desempeñan un papel fundamental como educadores, alentando la formación integral de la personalidad de los estudiantes y enfatizando la importancia de la verdad objetiva. En este proceso, asumen roles de inspiración, orientación, motivación y guía, contribuyendo a la construcción y consolidación de sistemas de valores y actitudes de los estudiantes. Las conclusiones resaltan la necesidad de que los profesores se dediquen a la formación de su propia personalidad y establezcan relaciones sólidas con sus estudiantes.

Palabras clave: profesión docente académica, educación superior, desafíos educativos contemporáneos, relaciones profesor-alumno, roles del profesor universitario, competencias del profesor, ética en la educación.

ABSTRACT

The main purpose of this research is to identify new directions for the academic teaching profession in response to contemporary challenges in education. To achieve this, an approach that combined a theoretical analysis with a review of recent empirical research was employed. The research focused on addressing three key issues: the origin of the academic teacher ethos as a personal role model and its continuing relevance, the professional functions and social roles of university teachers, and the pedagogical dilemmas they face. The results underscore the importance of

moral authority, personality formation, and the need to overcome challenges in educator-student interactions in order to enrich and strengthen the educational system. The work of teachers is not limited only to research and contribution to the advancement of knowledge, but also encompasses the training of new talents and the promotion of scientific independence. This requires skills such as autonomy and adaptation to social demands, as well as the ability to apply new approaches and knowledge. In addition, teachers play a fundamental role as educators, encouraging the integral formation of students' personalities and emphasizing the importance of objective truth. In this process, they assume roles of inspiration, orientation, motivation and guidance, contributing to the construction and consolidation of students' value systems and attitudes. The conclusions highlight the need for teachers to dedicate themselves to the formation of their own personality and to establish solid relationships with their students.

Keywords: academic teaching profession, higher education, contemporary educational challenges, teacher-student relationships, roles of the university professor, teacher competencies, ethics in education.

INTRODUCCIÓN

La profesión docente, y en particular el profesor universitario, merece sin duda un lugar especial entre las profesiones caracterizadas por la naturaleza comunicativa del trabajo. Asociada por muchos a una vocación, siempre ha hecho referencia en su historia a valores morales, construyendo su ethos a partir de la necesidad de modelar continuamente la propia personalidad como modelo de actitudes deseables distinguidas por características psicofísicas apropiadas. Esta preparación integral para una profesión requiere un enfoque holístico y orientado al proceso, ya que abarca no sólo las competencias profesionales, sino también las capacidades individuales que participan en un proceso continuo de desarrollo personal.

Conforme a las observaciones de Castillo Gutiérrez et al. (2020), la sociedad contemporánea se encuentra inmersa en profundas transformaciones que abarcan una amplia gama de

áreas, que van desde lo económico y educativo hasta lo social, político y cultural. Estos cambios han dado lugar a desequilibrios que han promovido la emergencia de nuevas formas de convivencia. Paralelamente, el afán creciente de poder y la búsqueda constante de acumular riqueza material han contribuido a niveles alarmantes de violencia, corrupción, hedonismo y una obsesión desmedida por la riqueza, generando una agresividad generalizada. Este conjunto de fenómenos ha precipitado una rápida disminución de los valores en la sociedad.

La globalización, los notables avances tecnológicos, las transformaciones políticas y sociales, así como las reformas en las economías a nivel mundial, han dado lugar a una reestructuración de los sistemas sociales. Esto ha tenido un impacto significativo en diversas organizaciones, incluyendo las instituciones de educación superior, cuya función primordial radica en la formación de profesionales mediante la aplicación de diversos enfoques pedagógicos y la consideración de múltiples áreas de conocimiento. Los cambios en los entornos universitarios han ejercido influencia tanto en el contexto circundante como en la propia concepción de la enseñanza, y han tenido un impacto variado en la labor docente en la educación superior.

Este estudio se centra en la profesión del profesor universitario en el contexto actual de la educación superior. El objetivo principal es identificar las direcciones esenciales para el desarrollo de esta profesión, con base en la literatura disponible y la investigación empírica en diversos entornos académicos. Para abordar el problema central de investigación, se parte de la premisa de que las áreas clave identificadas como necesidades esenciales del sistema de enseñanza superior y la valoración de los profesores por parte de los estudiantes, según se extrae de los estudios empíricos disponibles, proporcionan una base suficiente para ofrecer una respuesta sustancial a la pregunta central de investigación y lograr el objetivo establecido.

Se ha optado por una revisión de la literatura como método de investigación, que consiste en recopilar y analizar críticamente información previamente publicada sobre la profesión de profesor universitario. El enfoque principal ha sido explorar de manera exhaustiva diversos aspectos de esta profesión, incluyendo su historia, la evolución del ethos docente, las

funciones profesionales y los roles sociales de los profesores universitarios, así como los dilemas pedagógicos contemporáneos en la educación superior. Para llevar a cabo esta revisión, se han empleado métodos inductivos, históricos y de análisis, lo que ha implicado la búsqueda y selección de fuentes académicas en diversas fuentes, su análisis crítico y la síntesis sistemática de los hallazgos. Esta metodología ha permitido no solo comprender a fondo la profesión de profesor universitario desde la perspectiva de los autores, sino también identificar lagunas en la investigación existente y resaltar tendencias emergentes en el campo.

El estudio se compone de tres subcapítulos, cada uno de los cuales aborda los aspectos mencionados anteriormente. El primero se enfoca en el ethos del profesor y su origen como fuente de modelos personales contemporáneos. El segundo aborda las funciones profesionales y roles sociales de los profesores universitarios en relación con las competencias necesarias para su profesión. El último subcapítulo explora los dilemas pedagógicos actuales que preocupan al entorno académico contemporáneo y que son indicativos de los desafíos educativos actuales.

DESARROLLO

El ethos del profesor a lo largo de la historia

El concepto de ethos hunde sus raíces en la antigua Grecia (Rabadán Bujalance, 2012). La mayoría de las veces se entendía como buenos modales, denotando una cierta norma moral que caracterizaba la actitud de una persona manifestada en su conducta adecuada, especialmente hacia otras personas. El ethos no se refería a autoridades individuales, sino que abarcaba grupos sociales enteros, mostrando la jerarquía de valores profesados y las normas que debían seguirse. La ética relativa a pautas concretas de comportamiento surgió precisamente sobre los cimientos de normas morales probadas y bien establecidas, como legado de la moral generacional de los distintos grupos sociales y profesionales (Sánchez Vázquez, 2018).

La ética del maestro, desde los inicios de la profesión, siempre ha ocupado una posición significativa entre la élite social, no sólo

como privilegiada, sino sobre todo como marcada por una responsabilidad especial. En la antigüedad la función docente solía recaer en los ancianos de las tribus (Vargas Bejarano, 2010). Sobre todo, se enseñaban habilidades prácticas básicas para obtener alimentos y proporcionar la seguridad necesaria en su propio entorno local. La generación más joven adquiría nuevas experiencias mediante la observación y la imitación, asumiendo pautas de comportamiento de los adultos como preparación para la vida independiente. En aquella época, el papel de maestros lo desempeñaban principalmente los ancianos y los jefes, que se caracterizaban por sus especiales cualidades de liderazgo y respeto social (Castillo Gutiérrez et al., 2020).

El primer maestro de la antigua China, sin lugar a duda, fue Confucio, quien legó la máxima "Quien atesora los conocimientos adquiridos y adquiere nuevos sin cesar, puede ser maestro de los demás" (Zhenjiang, 2014). Es importante destacar que, para convertirse en maestro en el Reino Medio, se requerían años de estudio intensivo que abarcaban principios morales, elementos de la historia de la literatura nativa, fundamentos de la política y, sobre todo, la habilidad de escribir y leer, lo cual representaba un proceso extremadamente exigente debido a la complejidad de los caracteres de escritura. Sin embargo, completar todas las enseñanzas y superar el riguroso examen de tres etapas otorgaba acceso a las más altas dignidades del Estado, así como reconocimiento y un extraordinario respeto social (Pulido, 2018).

Por otro lado, en la antigua India, se desarrolló un modelo de maestro ligeramente diferente, donde los principios religiosos contenidos en los libros sagrados de los Vedas constituían el principal determinante de la moralidad. Allí, la enseñanza requería de 12 a 48 años de dedicación y, además de la escritura y la lectura, implicaba la memorización de los libros sagrados. En contraste con los maestros chinos, los sacerdotes como maestros en la India basaban su labor docente en una relación amistosa con sus alumnos. Por otro lado, en la tradición judía, el maestro es considerado el verdadero educador del pueblo, el defensor y guardián de la tradición nacional, con la enseñanza siendo un oficio sagrado, como en los primeros tiempos del cristianismo, donde las personas instruidas principalmente eran clérigos.

En la tradición romana, se desarrolló la noción del pedagogo

como esclavo liberado, y un destacado maestro-educador fue Marco Fabio Quintiliano, cuya obra "La educación del orador" incluyó contenidos sobre la teoría de la educación, así como valiosos consejos didácticos y prácticos, muchos de los cuales siguen siendo relevantes hoy en día. En su perspectiva, un profesor debe caracterizarse por la prudencia, conocimiento de los métodos de enseñanza, evaluación desde el punto de vista del alumno y un trato paternal con los estudiantes. Además, se enfatiza en no ser desagradable ni permitir que los alumnos se vuelvan demasiado confiados. Entre las cualidades esenciales de un profesor se incluyen la nobleza, la mansedumbre, el autocontrol, la disposición para inspirar y amonestar, la sencillez, la paciencia y la meticulosidad, sin ser puntilloso. También se subraya la importancia de responder a las preguntas de los alumnos, aclarar sus dudas y fomentar su participación activa en las discusiones (Molina, 2022).

Durante el Renacimiento, se crearon los primeros seminarios de enseñanza, liderados por humanistas como Erasmo de Rotterdam, quienes cuestionaron la educación basada en la disciplina severa y abogaron por la amabilidad, la indulgencia y la consideración hacia la naturaleza de los niños. En este período, Jan Amos Comenius, el fundador del sistema pedagógico, propuso la universalización de la enseñanza y la educación, desarrollando un sistema educativo uniforme y sentando las bases de nuevos principios pedagógicos basados en la comprensión del proceso de la cognición humana y la construcción de la realidad (Ferro, 2022). Además, enfatizó que un profesor excepcional tenía la capacidad de inculcar virtudes genuinas en sus alumnos (Chateau, 2014).

La Ilustración trajo consigo una comprensión más profunda de la necesidad de una preparación especializada de los profesores para cada nivel de enseñanza, marcando así el inicio de la secularización de la profesión docente. La Ilustración fue un período histórico que se caracterizó por promover el pensamiento crítico, la razón y la búsqueda del conocimiento como medios para el progreso humano. En este contexto, la educación y la formación de los profesores se convirtieron en aspectos fundamentales para promover los valores ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad. John Locke y Jean-Jacques Rousseau fueron dos figuras destacadas cuyas ideas influyeron de manera significativa

en la pedagogía y, por lo tanto, en la formación de los profesores. Locke, en su obra "Ensayo sobre el entendimiento humano," desarrolló la teoría del "tabula rasa," argumentando que la mente de los individuos es como una pizarra en blanco que se llena a través de la experiencia y la educación. Esta idea resaltó la importancia de los educadores y profesores en la formación de las mentes jóvenes, subrayando la necesidad de una preparación especializada para guiar adecuadamente el desarrollo intelectual de los estudiantes (Silva, 2022).

Por su parte, Jean-Jacques Rousseau, en su influyente obra "Emilio o De la educación," planteó la importancia de una educación basada en la naturaleza y en el respeto por la individualidad de cada niño. Rousseau abogaba por un enfoque pedagógico que tuviera en cuenta las etapas de desarrollo de los estudiantes y que fomentara la autenticidad y la autonomía. Estas ideas resaltaron la necesidad de que los profesores se prepararan de manera específica para comprender y atender las necesidades individuales de sus alumnos (Koga, 2023)

El siglo XIX presenció el auge de la pedagogía "científica" liderada por Johan Friedrich Herbart, quien estableció seminarios universitarios de ejercicios, conocidos como lecciones de prueba. Herbart fundamentó su pedagogía en la ética y la psicología, argumentando que el conocimiento de la materia por sí solo no era suficiente. Sostenía que, además de las habilidades docentes, un profesor debía contar con formación pedagógica y psicológica. Durante este período, el estatus social y el prestigio de los profesores aumentaron significativamente, convirtiéndose en funcionarios respetados (Lorenz, 2021).

El siglo pasado representó un hito importante en el avance de las ciencias pedagógicas y psicológicas, lo que arrojó una mayor comprensión acerca del papel y las responsabilidades de los profesores. En este período, surgieron investigaciones que se adentraron en la personalidad de los educadores, sus habilidades y competencias educativas. John Dewey, un influyente pedagogo occidental de la época, se destacó por su compromiso con la educación basada en el respeto y el entendimiento de los niños.

Las investigaciones realizadas en ese período revelaron de manera concluyente que las actividades pedagógicas están intrínsecamente vinculadas a los rasgos de personalidad del

profesor. John Dewey, un eminente pedagogo y filósofo estadounidense, realizó aportes significativos al campo de la educación al enfocarse en la importancia del aprendizaje activo, la experiencia y la participación de los estudiantes en la construcción de su propio conocimiento. Dewey contribuyó de manera destacada a la evolución de la pedagogía y la comprensión de la importancia de la personalidad del profesor en el proceso educativo. Su enfoque resaltó la necesidad de que los docentes no solo poseyeran conocimientos, sino también cualidades personales que fomentaran un ambiente educativo enriquecedor y facilitaran el desarrollo integral de los estudiantes (Ruiz, 2018).

En la posguerra de los países del bloque socialista, hubo un período en el que se abandonó temporalmente la noción del patrón de personalidad del profesor en favor de su formación y preparación para llevar a cabo tareas docentes y educativas específicas. Sin embargo, en la década de 1990, el papel del profesor evolucionó hacia el de un profesor-investigador capaz de crear situaciones problemáticas que estimularan a los alumnos a buscar información de forma autónoma y desarrollar su potencial intelectual. Durante esta época, la educación se basó principalmente en el diálogo entre el profesor y el alumno, promoviendo la cooperación y el entendimiento mutuo (Castillo Gutiérrez et al., 2020).

El ethos del maestro-educador, que se originó en la antigüedad, ha perdurado a lo largo de los años a pesar de los numerosos cambios, manteniéndose como un modelo y una autoridad moral en la sociedad. De hecho, incluso en la actualidad, los jóvenes continúan percibiendo al profesor como alguien relacionado estrechamente con el sistema de valores que guía su conducta. Por lo tanto, es de suma importancia que las opiniones expresadas por los profesores estén en consonancia con su comportamiento. Como lo destacan Martín-Romera & García-Martínez (2018) ser un buen profesor implica más que simplemente ser competente en la materia que se enseña. Un profesor universitario no debe practicar una doble moral; su papel no se limita a impartir clases, sino que también implica transmitir un sistema de valores y servir como ejemplo a seguir tanto dentro como fuera de la universidad, en la vida cotidiana.

Los roles profesionales y sociales como determinantes de la

competencia del profesor universitario

En la sociedad contemporánea, en plena era de la información, se observa una creciente aceptación de la diversidad de funciones y roles desempeñados en diversos contextos sociales de manera simultánea. Frecuentemente, estos roles se entrelazan, contribuyendo y fortaleciendo mutuamente la actividad social. Esto se manifiesta tanto en entornos locales, como la familia o el grupo de pares, como en roles más formalmente definidos y ligados a profesiones específicas. En el caso de los profesores universitarios, debido a la complejidad de su labor, resulta un desafío establecer una distinción clara entre sus roles profesionales y sociales (Martín-Romera & García-Martínez, 2018).

Un ejemplo relevante de esta complejidad se encuentra en la función del profesor universitario como investigador. Su labor principal se centra en el cultivo del conocimiento y en contribuir al avance de la comprensión científica en su campo de especialización. Siguiendo la clasificación de Jarquín (2020), esta función científica implica actividades como:

- La consolidación de sistemas de conocimiento para uso propio y ajeno,
- La comunicación de dichos sistemas de conocimiento a través de publicaciones,
- La evaluación crítica de sistemas de conocimiento preexistentes,
- La incorporación de nuevas afirmaciones o la revisión de afirmaciones obsoletas,
- La mejora y reconstrucción de sistemas de conocimiento ya establecidos,
- La creación de nuevos sistemas de conocimiento.

Las tareas de investigación no solamente persiguen la expansión del conocimiento y su integración en el ámbito de la disciplina científica, sino también la formación de nuevos talentos y la consecución de la independencia científica, elementos esenciales de las responsabilidades profesionales de los profesores universitarios.

La función del científico también reviste un carácter social, ya que requiere habilidades como la erudición, la imaginación y el

espíritu crítico. Un buen científico debe ser creativo, demostrando la capacidad de concebir nuevas regularidades científicas, plantear hipótesis y demostrarlas de manera rigurosa. El profesor-investigador se encuentra obligado a mantenerse constantemente actualizado en su campo de estudio, lo que implica la necesidad de publicar de manera periódica textos originales y valiosos, así como apreciar el trabajo de otros científicos, contribuyendo de manera colaborativa al avance del conocimiento científico. Además, debe ser capaz de seleccionar información de manera crítica, identificando la más relevante y valiosa entre las múltiples fuentes disponibles en su área de especialización.

Según Roa & Bernal (2011), Òscar (2016) y Aydin (2017), el perfil de un profesor-investigador destacado se caracteriza por una serie de rasgos de personalidad creativa que incluyen:

- Autonomía, lo que le permite establecer de manera independiente los objetivos de su labor científica y las estrategias para alcanzarlos.
- La habilidad para identificar las demandas sociales en el ámbito educativo, lo que se traduce en una constante adaptación de las direcciones de investigación y de las metodologías utilizadas.
- La capacidad de aplicar nuevos conocimientos para lograr resultados educativos de alta calidad.
- La disposición a emprender enfoques innovadores y poco convencionales en su labor docente y educativa.

Además, un investigador sobresaliente se caracteriza por cualidades como la curiosidad intelectual, el pensamiento audaz e ingenioso, la capacidad crítica y la prudencia, la sistematicidad, la precisión y la exactitud, la exhaustividad y la imparcialidad, así como un profundo conocimiento en su área de investigación. Estas características especiales influyen de manera significativa en su enfoque profesional, especialmente en el ámbito de la actividad cognitiva.

En la educación superior contemporánea, la creatividad y la innovación desempeñan un papel fundamental en la labor de los académicos, contribuyendo a la formación de la conciencia social y al desarrollo del pensamiento pedagógico. No obstante, la Ley

Orgánica de Educación Superior (LOES) ubica al académico en un papel profesional que está intrínsecamente vinculado con la investigación, el desarrollo científico y artístico, así como la gestión institucional universitaria.

Por otro lado, un aspecto esencial de la función profesional de un profesor académico es su labor docente, que debería integrarse naturalmente con su misión como investigador. Como bien señalan García-Gallego et al. (2015), resulta altamente beneficioso que la multiplicación y difusión del conocimiento se lleven a cabo de manera simultánea por la misma persona, en su capacidad de investigador y educador. Esto implica no solo la impartición de clases, sino también el estímulo y apoyo a la actividad cognitiva de los estudiantes, la promoción de iniciativas intelectuales más allá del currículo formal, la introducción de teorías científicas y métodos de investigación, y la enseñanza de cómo aplicarlos en la resolución de problemas cognitivos.

Además, el profesor académico desempeña un papel crucial en la formación de una actitud positiva en los estudiantes hacia el razonamiento, alentando el desarrollo de sus necesidades y actitudes intelectuales. También tiene la responsabilidad de destacar los valores, las peculiaridades y la importancia de la ciencia en la construcción de la cultura. Según Caballero & Bolívar (2015) puede plantearse en términos de las siguientes tareas:

- Crear las condiciones para que los alumnos adquieran conocimientos,
- Estimular y motivar la actividad cognitiva de los alumnos,
- Inspirar y apoyar iniciativas cognitivas que vayan más allá del curso formal de los estudios,
- Familiarizar a los estudiantes con las teorías científicas y los métodos de investigación,
- Enseñar a utilizarlos en la resolución de tareas cognitivas,
- Introducir a los alumnos en los principios y reglas de la creación del conocimiento, su ordenación, interpretación, procesamiento, etc.,
- Formar una actitud positiva de los alumnos ante las posibilidades de la razón, desarrollando sus propias

necesidades y actitudes intelectuales,

- Indicar los valores, las peculiaridades y el papel de la ciencia en la creación de la cultura.

Los profesores académicos desempeñan la función docente adoptando un estilo específico de enseñanza: conferenciante, mentor, entrenador, promotor, didacta. El primero se centra principalmente en la transmisión de conocimientos, mientras que el mentor orienta el desarrollo del pensamiento creativo, y el entrenador se centra en el desarrollo de habilidades colectivas en el grupo y en la formación de la corresponsabilidad y la cooperación. La tarea del promotor consiste principalmente en movilizar el trabajo independiente, mientras que la del didacta consiste en combinar todos los elementos en un todo funcional (Blas et al., 2014).

Como señalan Roque Herrera et al. (2018), la didáctica de la enseñanza superior, en contraste con los niveles inferiores de la enseñanza, se centra principalmente en el desarrollo del estudiante, en apoyar y dirigir este desarrollo, en apoyar el pensamiento y la acción independientes del estudiante y en formar una actitud creativa. La variedad de formas de actividades didácticas que ofrecen las instituciones de educación superior confiere un carácter especial al proceso de estudio, en el que los profesores académicos junto con los estudiantes crean un entorno peculiar construido sobre la base de relaciones mutuas correspondientes a las tareas básicas de la didáctica, que son la enseñanza y el aprendizaje.

La función educativa del profesor universitario, aunque considerada profesional, conlleva en su especificidad, además del aspecto individual, un aspecto social diferenciado. Su dimensión individual está relacionada con el desarrollo general y la conformación de la personalidad del estudiante, mientras que su dimensión social debe identificarse con el funcionamiento del individuo en su propio entorno, cuya calidad depende fundamentalmente del nivel de cumplimiento de las tareas educativas que forman el carácter y la orientación vital de los futuros titulados (Mateo Andrés, 2012).

A menudo se da por sentado que los estudiantes, como adultos, están suficientemente formados y no necesitan

educación, o si la necesitan, es en un grado muy limitado. Entretanto, una persona no sólo aprende a lo largo de la vida, adquiriendo nuevos conocimientos y habilidades, sino que también forma su personalidad a través de nuevas experiencias vitales. El periodo de estudios es, por tanto, la última oportunidad de aprovechar al máximo la oferta educativa y, por tanto, además de la didáctica, también su función educativa. En la universidad consiste en despertar y profundizar en las mentes jóvenes la comprensión del gran significado de la verdad objetiva y de la necesidad de tomarse la molestia de descubrirla.

Por tanto, la educación en términos académicos debe entenderse como un sistema de actividades que sirven tanto para formar la personalidad de los estudiantes como para ayudar al desarrollo de la misma. Abarca las esferas moral, estética y física de los jóvenes estudiantes, mientras que su vertiente práctica está relacionada con la configuración de las actitudes y la formación del sistema de valores de la joven generación (Ruiz Bueno et al., 2008). Así pues, la enseñanza superior constituye un entorno educativo único e inimitable en el que tiene lugar la maduración integral de la personalidad del estudiante. Son el comportamiento y las actitudes del profesor universitario los que influyen fundamentalmente en la formación del alumno, siempre que éste sea consciente de la importancia del papel que desempeña y esté dispuesto y sea capaz de participar activamente en las actividades educativas del centro (Maura, 2002).

El papel educativo de un profesor académico, según Sánchez Cabezas et al. (2018), se centra principalmente en:

- Inspirar a los alumnos para que desarrollen su personalidad en los ámbitos moral, social, estético y existencial
- Señalar ideales, valores y principios de comportamiento,
- Permitir a los alumnos explorar sus propias capacidades, sistemas de valores y aspiraciones
- Estimulando la motivación de los alumnos para forjar su propia personalidad,
- Apoyando las actividades de los alumnos relacionadas con su individualidad y autoestima - estilo individual

de vivir, comunicarse y actuar,

- Crear las condiciones para el autodesarrollo revelando a los alumnos el campo de las opciones y sus consecuencias, demostrando la autonomía de sus propias decisiones.

El motor de la acción educativa es, por tanto, la transformación deliberada y la configuración de los sistemas de valores de los alumnos, sus objetivos vitales, actitudes, creencias, motivos y necesidades, con la participación activa de los propios implicados. De este modo, se construyen o fortalecen ciertos rasgos psicofísicos que determinan qué valorarán los graduados, por qué se esforzarán, qué metas perseguirán y cómo utilizarán las competencias adquiridas durante su formación en la universidad.

Como se ha mencionado al principio, un profesor universitario desempeña simultáneamente funciones sociales, además de las profesionales citadas anteriormente. El papel del profesor como organizador, especialmente relacionado con la enseñanza, pasa a primer plano. Es responsable de organizar su propio trabajo, el de sus alumnos y el de sus colegas más jóvenes. Como organizador, en primer lugar, inspira, coordina y supervisa una serie de actividades, mientras que él mismo sólo realiza algunas tareas clave. Por lo tanto, es necesario que sea capaz de navegar hábilmente en el mundo de la información, llegando a las fuentes del conocimiento buscado, para luego verificar y seleccionar con precisión la información adquirida, que, tras su procesamiento, será útil para los estudiantes y la comunidad científica (Tablada & Pelier, 2014).

Las principales responsabilidades de un profesor universitario relacionadas con la organización de las actividades de sus estudiantes comprenden, específicamente:

- Establecer modelos personales que representen sistemas de valores socialmente aceptados, sirviendo de inspiración para la formación de un ideal de autodescubrimiento.
- Fomentar la motivación perfeccionista, impulsando a los estudiantes hacia la excelencia en su desempeño académico.

- Ofrecer orientación sobre técnicas de autoconocimiento y autorreforzamiento.

En su papel como coordinador de personal investigador y docentes en formación, el profesor académico tiene la responsabilidad de abordar los siguientes aspectos:

- Facilitar la creación de un entorno propicio para que el personal investigador en formación adquiera las competencias docentes necesarias para interactuar con los estudiantes de manera efectiva.
- Mejorar la competencia profesional de estos miembros junior del equipo con el propósito de elevar su nivel de investigación al máximo.
- Apoyar el diseño y ejecución de programas individuales de desarrollo, como doctorados y habilitaciones, promoviendo la interacción con la comunidad científica a nivel nacional e internacional a través de publicaciones, pasantías y conferencias académicas.

La función de organizador en relación con el papel educativo abre un nuevo ámbito de responsabilidad social, que radica en la dignidad del profesor-educador. Mediante directrices precisas, el profesor-educador se convierte en líder orientador y, en poco tiempo, en guía educativo. Esta evolución conduce hacia un rol donde no solo se ejerce como un experto sino también como un modelo personal indiscutible en términos de autoridad moral. El maestro-educador asume la responsabilidad de seleccionar los principios y criterios adecuados para guiar el proceso educativo, con el objetivo último de descubrir y demostrar la verdad de acuerdo con un sistema de valores compartido.

El maestro, desempeñando la función de guía, también se convierte en inspirador y consejero, velando por las condiciones de trabajo de sus alumnos. Independientemente de la disciplina académica que represente, el profundo conocimiento de los fenómenos sociales que acontecen en el mundo se ha convertido en una manifestación de sabiduría genuina que gana el respeto sincero de los alumnos.

En cuanto al ethos del maestro, cabe mencionar que la función

social de guía y educador fue históricamente desempeñada por representantes de antiguas culturas orientales, como la antigua China. Sin embargo, en consonancia con las tradiciones cristianas de nuestra civilización, el modelo idóneo para este papel puede encontrarse en los valores predicados por Jesucristo, un maestro y pedagogo judío. El Evangelio, junto con los libros hebreos del Antiguo Testamento, se erige como la referencia moral insuperable para el maestro-educador cuya vocación primordial es servir a los demás, guiándolos hacia el conocimiento de la verdad. Más que las palabras instructivas, es el ejemplo del maestro, armonizado con la enseñanza proclamada y los principios defendidos, lo que atrae a los estudiantes hacia él como una autoridad genuinamente reconocida y no meramente declarada.

La importancia de que los profesores contemporáneos sirvan como modelos personales ya se expresó a finales del siglo pasado, cuando Juan Pablo II dirigió un mensaje a los docentes: "Habéis asumido la noble tarea de transmitir el conocimiento. Os enfrentáis a un desafío difícil y significativo. Los jóvenes os necesitan. Buscan modelos que sean un referente para ellos. Anhelan respuestas a las muchas preguntas fundamentales que inquietan sus mentes y sus corazones, y sobre todo, buscan en vosotros un ejemplo de vida. Necesitan que seáis sus amigos, sus fieles compañeros y sus aliados en la lucha de su juventud. Ayudadles a construir los cimientos de su futuro" (citado por Soto Sarango, 2017).

La innegable necesidad de que los profesores universitarios contemporáneos desempeñen múltiples roles sociales y profesionales implica una constante necesidad de desarrollar sus habilidades y cultivar sus cualidades personales. Considerando la naturaleza específica de trabajar con jóvenes y la amplia gama de requisitos formales que deben cumplir los educadores modernos, es aún más justificable hablar abiertamente de competencias profesionales y sociales no solo en el contexto de los profesores universitarios, sino también para todos aquellos involucrados en la práctica de la enseñanza y la educación.

En un sentido más amplio, la competencia trasciende el mero formalismo de las calificaciones, ya que se basa en capacidades innatas que se desarrollan principalmente en los ámbitos del

conocimiento, las habilidades y las actitudes. En este contexto, los rasgos de personalidad individuales desempeñan un papel fundamental, ya que las actitudes actúan como el elemento cohesionador principal que permite la aplicación efectiva de los conocimientos y habilidades adquiridos en el contexto de las competencias. En el caso de los profesores universitarios, la preparación para la profesión nunca puede considerarse completa debido a la singularidad de las personalidades humanas y a la imprevisibilidad de las situaciones relacionadas con la enseñanza y la educación.

Teniendo en cuenta las funciones profesionales y sociales analizadas previamente en el papel de los profesores universitarios, es lógico suponer que estas funciones determinarán en gran medida las competencias correspondientes. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos identificar competencias en áreas como la investigación científica, la didáctica y la educación, así como las habilidades sociales necesarias para desempeñar sus funciones en la sociedad. Sin embargo, incluso en las dos primeras áreas mencionadas, la didáctica y la investigación científica, no es sencillo definir áreas de competencia claras que sean adecuadas y complementarias al mismo tiempo.

Según el concepto de Más Torelló (2011), las competencias profesionales de los profesores están relacionadas con la posesión y el desarrollo de diversas aptitudes y actitudes y con la adquisición de experiencia para cumplir eficazmente sus obligaciones profesionales, que se indican en los siguientes tipos de competencias:

- Praxeológicas, que expresan la eficacia del profesor académico en la planificación, organización, control y evaluación del proceso educativo,
- Comunicativa, referida a la eficacia del comportamiento lingüístico en el proceso educativo, el conocimiento de la comunicación interpersonal, el pensamiento discursivo y el uso de diversas técnicas de diálogo en las relaciones con los alumnos,
- Creativa, que se distingue por actividades atípicas e innovadoras destinadas a desarrollar los intereses de los alumnos mediante el pensamiento creativo,

- Moral, es decir, la capacidad de llevar a cabo una reflexión profunda sobre la legitimidad de las orientaciones adoptadas y los métodos aplicados en la actividad didáctica y educativa
- Cooperación, relativa a las actividades prosociales y las acciones de integración del profesor mientras trabaja con los alumnos,
- Competencia en materia de información y medios de comunicación, relacionada con la capacidad de utilizar fuentes modernas de información en el proceso de enseñanza y otros ámbitos del funcionamiento profesional.

Santiago & Pérez (2018) presentan un enfoque ligeramente diferente de la cuestión de las competencias profesionales de los profesores y distinguen entre ellas dos grupos principales. El primero incluye las competencias prácticas y morales, mientras que el segundo incluye las competencias técnicas. Los autores indican que, debido a la naturaleza comunicativa del trabajo del profesor, en mayor medida el primer grupo de competencias que el segundo se refiere a las especificidades de esta profesión. Las competencias práctico-morales se adquieren como experiencia en la práctica comunicativa, es decir, en situaciones sociales típicas en las que los vínculos y las relaciones interpersonales se construyen sobre la base del diálogo. Las competencias técnicas, que tratan el resultado final de una acción de forma instrumental y tienen un ámbito de aplicación definido objetivamente, son de naturaleza completamente diferente.

Así pues, el grupo de competencias práctico-morales incluye:

- La competencia interpretativa, como capacidad para facilitar la comprensión del mundo y de los fenómenos sociales que en él tienen lugar, lo que requiere una interpretación constante en función de la realidad cambiante;
- La competencia moral, que demuestra la aptitud para reflexionar sobre la validez del propio comportamiento, reflexionando sobre la conveniencia y las intenciones reales de las propias decisiones en relación con los

principios aceptados y los valores asociados que se preservan no sólo con respecto a uno mismo, sino sobre todo con respecto a los demás en su indiscutible derecho a la subjetividad y a la libertad de elección;

- La competencia comunicativa, que permite desarrollar la capacidad de diálogo social en el sentido más amplio, no sólo como capacidad de mantener una discusión culta, sino sobre todo como capacidad de comprender empáticamente y aceptar incondicionalmente a la otra persona adoptando una actitud no directiva, ofreciendo el propio punto de vista como alternativa de reflexión o discusión, pero también un diálogo basado en la crítica constructiva buscando premisas, puntos de vista o creencias ocultas tanto por parte del interlocutor como en la propia actitud.

Como competencias técnicas, por otro lado, están:

- Competencia normativa, referida al mimetismo que implica la reproducción instrumental de metas alcanzadas por otros o la propia elección de un camino acorde con la norma aceptada dentro del propio rol social;
- Competencia metodológica, entendida como la capacidad de actuar de acuerdo con normas específicas, aplicando métodos previamente probados, como antes, por imitación, o de acuerdo con la propia concepción;
- Competencia de ejecución, constituida por las capacidades organizativas que permiten seleccionar adecuadamente los medios y crear las condiciones apropiadas para la consecución del objetivo asumido de acuerdo con el método previamente adoptado.

Además de las competencias profesionales, cada vez se habla más de las competencias sociales, que en el caso de la profesión docente también están relacionadas con la naturaleza de su trabajo, complementando, por así decirlo, las competencias estrictamente profesionales mencionadas anteriormente. Puede decirse, por tanto, que las competencias sociales son tan

importantes para un profesor universitario como las competencias técnicas lo son para un mecánico o un informático (Arellano, 2016).

¿Cómo definir entonces las competencias sociales? Existen muchas interpretaciones de las competencias sociales en la literatura, sin embargo, merece especial atención el modelo propuesto por Llorent et al. (2020). Según los autores, las competencias sociales son habilidades complejas adquiridas a través del "entrenamiento social", que permiten hacer frente a diversas situaciones sociales. Suelen ser situaciones íntimas, situaciones formales o situaciones que requieren exposición social, así como asertividad. En la categoría de competencias sociales específicas, los autores incluyen las competencias asertivas, las competencias cooperativas, las competencias socializadoras y el ingenio social.

Las competencias asertivas denotan la capacidad de influir en los demás sin sucumbir a la presión social. Un individuo con un alto nivel de competencia asertiva puede dirigir eficazmente el trabajo de otros, delegar tareas y mantener su independencia ante influencias externas. En contraste, las competencias cooperativas se refieren a habilidades interpersonales que facilitan la colaboración armoniosa con los demás, particularmente en contextos de ayuda mutua. Por otro lado, las competencias sociales implican la capacidad de establecer y mantener relaciones informales, así como lidiar con situaciones que involucran exposición social. La competencia social abarca la habilidad de percibir las necesidades sociales y movilizar a otros en actividades prosociales. El último componente, denominado ingenio social, se relaciona con la capacidad de garantizar derechos, solicitar ayuda y obtener beneficios y privilegios.

Los resultados de un estudio realizado entre profesores universitarios de una institución en Colombia (Rozo et al., 2019), que utilizó una herramienta basada en el concepto mencionado anteriormente, arrojaron hallazgos interesantes. En lo que respecta a las competencias asertivas, prevaleció entre los encuestados el perfil de administrador de tareas y ejecutor, en lugar del de influencia social o resistencia a la presión social. A pesar de obtener una alta puntuación en competencias cooperativas, los encuestados a menudo expresaron dudas o falta de confianza en sus propias habilidades y efectividad. En cuanto a las

competencias sociales, aunque en general los profesores encuestados demostraron capacidad para establecer y mantener relaciones informales, enfrentaron dificultades en situaciones que requerían exposición social. La competencia social también mostró un bajo puntaje, lo que es preocupante y sugiere la necesidad de fortalecer un rasgo esencial, especialmente crucial en la profesión docente: la sensibilidad social.

Michael Argyle (2017) propone un enfoque ligeramente diferente en relación con las competencias sociales, las cuales él describe como un conjunto de habilidades necesarias para responder eficazmente a situaciones sociales específicas. Argyle considera que la inteligencia social, que abarca las capacidades necesarias para procesar información conductual, es fundamental para el desarrollo de competencias sociales. Dentro de esta perspectiva, resalta varias habilidades, que incluyen:

- La capacidad de recompensa, que implica proporcionar refuerzos sociales que permiten ejercer influencia.
- La empatía y la habilidad de asumir los roles de otras personas, cruciales para el trabajo en equipo y para establecer relaciones interpersonales positivas.
- La asertividad, que es la habilidad de hacer valer los propios derechos sin recurrir a la violencia.
- La comunicación verbal y no verbal, especialmente en un nivel abstracto.
- La habilidad para establecer autoridad y resolver problemas, especialmente relevante en situaciones laborales con conflictos frecuentes.
- La capacidad de presentarse de manera favorable, especialmente en contextos profesionales.

La profesión de profesor universitario, tanto en el pasado como en la actualidad, conlleva la responsabilidad de desempeñar una serie de funciones sociales y profesionales de gran valor. Esto subraya la creciente necesidad de competencias para trabajar con jóvenes. Es crucial reconocer que, debido a la naturaleza de esta profesión, la mejora continua es necesaria, tanto en el ámbito profesional como en el personal. Al comprender de manera integral el contexto de estas funciones profesionales y sociales, podemos concluir que las competencias necesarias en ambas áreas,

cuando se combinan y complementan, deben considerarse como competencias socioprofesionales. Estas competencias desempeñan un papel esencial en la formación de la personalidad de los alumnos y en el impacto efectivo que el profesor universitario puede tener en ellos.

Dilemas pedagógicos contemporáneos de los profesores universitarios

Los retos pedagógicos contemporáneos a los que se enfrentan los profesores universitarios están indudablemente relacionados con la esencia de su profesión, es decir, la práctica de la educación y la crianza. El sujeto de todo esfuerzo educativo es sin duda el alumno, con el que el profesor debe construir una relación duradera que permita un intercambio fluido de información, no sólo con fines estrictamente didácticos, sino también para crear un ambiente propicio a la adquisición de una confianza mutua (Enríquez, 2020).

Con la intención de cumplir eficazmente su misión, el profesor debe hacer todo lo posible por convencer a los alumnos de su autoridad para que le confíen no sólo el papel de profesor, sino sobre todo el de guía y maestro. Ciertamente, nadie necesita convencerse de lo difícil que es esta tarea hoy en día, y los dilemas didácticos y educativos relacionados con la relación profesor-alumno indican claramente una regresión progresiva. Los resultados y conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años en diversos ámbitos académicos, que se citan a continuación, demuestran que el problema de la degradación de las actitudes reside en ambas partes.

De la investigación llevada a cabo por Salas & Pavón (2022) entre profesores y alumnos académicos se desprende que los retos educativos a los que se enfrenta el personal docente de las instituciones de enseñanza superior en la actualidad, giran principalmente en torno al problema de la motivación y la conformación de actitudes mediante la potenciación de rasgos de personalidad deseables. De hecho, resultó que las relaciones profesor-alumno sufren no solo por culpa de los profesores, sino también de los alumnos. Según el trabajo de Bernate & Guativa (2020), la gran mayoría de los profesores universitarios cree que la actitud de los alumnos ante el estudio es censurable y que el papel

del profesor en el proceso educativo ha cambiado drásticamente en los últimos años. Los encuestados acusan a los estudiantes de no poder o no querer adquirir conocimientos por sí mismos y de acudir a menudo a clase sin preparación, lo que obliga a los profesores a darles conocimientos ya preparados como en secundaria. Por tanto, no hay tiempo suficiente para impartir clases más exigentes, basadas en problemas o actividades, en las que podrían desarrollar sus conocimientos mediante debates en profundidad y reflexión colaborativa. Los profesores encuestados consideran que esta situación se debe a la actitud exigente de los jóvenes con respecto a su propia existencia y a que tratan la universidad como una prolongación del bachillerato y una escapatoria de la vida adulta.

Hoy en día, los jóvenes leen cada vez menos y rara vez son capaces de trabajar con textos por su cuenta, lo que se traduce en una constante bajada del nivel de la enseñanza y en una rebaja de los requisitos básicos para los alumnos. También es cada vez más difícil motivar a los jóvenes para que realicen actividades extraescolares, y los trabajos, discursos o incluso tesis finales suelen redactarse con el menor esfuerzo como tratamientos secundarios de contenidos de internet, a menudo rozando el plagio. Como puede verse, por tanto, el tiempo que antes se dedicaba a añadir variedad a las actividades curriculares o al trabajo individual con alumnos especialmente dotados o deficientes, hoy se emplea predominantemente en dar y explicar conocimientos básicos. No es de extrañar que entre los estudiantes se haya extendido la acusación de que el personal académico actual no satisface todas sus expectativas.

¿Qué expectativas suelen tener los estudiantes de sus profesores? Al fin y al cabo, éste es uno de los factores que configuran el panorama de los retos educativos contemporáneos a los que se enfrenta el profesorado universitario. Entre las cualidades más deseables de un profesor universitario, los estudiantes incluyen: un alto nivel de competencia, carisma y la capacidad de inspirar y motivar la pasión de un estudiante, siendo al mismo tiempo paciente, tolerante y comprensivo. Destacan las declaraciones de los estudiantes encuestados, en las que una de las expectativas declaradas es que el profesor sea capaz de despertar el interés por su propia disciplina científica y, al mismo tiempo,

actuar como guía conduciendo por su campo de conocimiento. En otras ocasiones, se percibe una desaprobación total de la exaltación y humillación excesivas de sus oyentes. Por otra parte, se aplaude la empatía, el trato justo a los alumnos y la capacidad de exponer material difícil de forma accesible (Hernández García & Padilla González, 2019).

Un estudio realizado por el investigador estadounidense Andrew Ewing en 2012 también proporciona datos interesantes al analizar el impacto de las calificaciones otorgadas a los estudiantes en relación con la eficacia de la enseñanza y sus propias opiniones. Los resultados revelaron que la sobrevaloración de las calificaciones por parte de los profesores disminuye la opinión que tienen de los estudiantes, lo que resalta la importancia de mantener la coherencia y la exigencia en la evaluación (Ewing, 2012). Esto demuestra que los estudiantes necesitan no solo una orientación académica competente, sino también una evaluación justa que diferencie sus niveles de conocimiento y, al mismo tiempo, fortalezca la autoridad del profesor.

Numerosos ejemplos empíricos muestran la necesidad de reconstruir el ethos del profesor en el entorno académico contemporáneo (Mora Salazar, 2019). Según los estudiantes, los pilares fundamentales de la autoridad de un profesor son la imparcialidad, la actitud de compañerismo hacia los alumnos y un nivel de exigencia claramente definido. Una vez más, se destaca que los estudiantes valoran la exigencia de los profesores. Por otro lado, entre las cualidades consideradas negativas e indeseables de los educadores, los estudiantes mencionan la injusticia, la impuntualidad, la falta de amabilidad y la incoherencia. Además de una alta competencia profesional, los estudiantes también destacan la capacidad de influencia y los rasgos de personalidad como los principales elementos que determinan la autoridad de un profesor universitario (Díaz Sacco, 2016).

Lamentablemente, en este contexto, la relación interpersonal entre profesores y alumnos no es favorable. La mayoría de los estudiantes encuestados muestra indiferencia hacia los profesores universitarios, y un grupo significativo expresa la opinión de que los profesores les resultan molestos y no sienten simpatía por ellos. La percepción general de los jóvenes universitarios es que el prestigio de la profesión docente académica está disminuyendo, lo

que plantea uno de los principales desafíos educativos en el sistema de educación superior en Ecuador (Solórzano Soto, 2018).

De acuerdo con Castillo Gutiérrez et al. (2020), el ethos de un profesor académico es un elemento indispensable y prioritario en su labor educativa. Sin una base ética sólida, es difícil hablar de una educación efectiva. Lamentablemente, existen profesores que pasan por alto este aspecto y, considerándose parte de una élite intelectual, se limitan a cumplir su deber de impartir conocimientos. Estos profesores están mayormente centrados en sus propios logros académicos y solo valoran la profesionalidad en términos de su dominio de la materia.

El autor también señala que la disminución de la importancia del ethos en la profesión docente académica se debe en gran medida a la falta de políticas que respalden y promuevan esta vocación. Esto se manifiesta a través de problemas como:

- Falta de reconocimiento adecuado a los logros en la enseñanza.
- Escasa discusión comunitaria sobre el ethos del profesor académico.
- Insuficiente supervisión del desarrollo pedagógico de los profesores jóvenes.
- Carga excesiva de alumnos por grupo y por profesor.
- Condiciones de enseñanza deficientes, como aulas estrechas o falta de material didáctico.
- Organización inadecuada de los programas de estudio.

Otra perspectiva, igualmente valiosa, sobre los desafíos educativos contemporáneos que enfrenta la profesión de profesor universitario, proviene del estudio realizado por Conde Carmona et al. (2018) con egresados universitarios, el cual amplía las discusiones anteriores al considerar la función docente del profesor a la luz de las opiniones de la comunidad académica.

Los recuerdos que los graduados tienen de sus profesores proporcionan una valiosa reflexión y revelan ejemplos tanto positivos como negativos de personalidades docentes. Entre las actitudes profesionales que destacan negativamente se encuentran la arrogancia y la falta de respeto hacia los alumnos. Un graduado recordaba cómo un profesor solía calificar a la mayoría de los estudiantes con bajas calificaciones debido a su propia animosidad, sin permitir el pensamiento independiente,

ya que solo reconocía su propia visión de la realidad. A los ojos de los alumnos, este profesor parecía ser desconsiderado y disfrutaba haciendo sus vidas difíciles.

Otro profesor mostraba una clara discriminación de género, otorgando las calificaciones más altas a los hombres y relegando a las mujeres, con comentarios desagradables hacia ellas. Por suerte, también se destacaron profesores que merecen ser recordados y emulados. Un ejemplo de una actitud ejemplar fue proporcionado por una graduada que describía a un profesor que impartía sus clases con tanto entusiasmo y dedicación que era una pena presentarse sin estar preparado. Otro profesor era tan apasionado que lograba transmitir su entusiasmo por la materia a todos sus estudiantes. Además, mostraba un alto nivel de creatividad y compromiso, involucrando a los alumnos en diversas actividades. Los graduados también recordaban a aquellos profesores que tenían la paciencia de explicar temas complejos con un enfoque sencillo y a aquellos profesores exigentes que impresionaban con su amplio conocimiento y experiencia.

Aparentemente, no faltan dilemas pedagógicos para el profesor universitario moderno. El creciente resentimiento mutuo y la deteriorada relación entre profesores y estudiantes requieren una seria reflexión. ¿No debería considerarse las voces que provienen de ambos lados? Es innegable que la actitud de los estudiantes contemporáneos ha evolucionado, influenciada por una sociedad consumista que fomenta la exigencia y la demanda, pero lamentablemente no tanto la autoexigencia. Los profesores universitarios, por otro lado, también parecen haber perdido de vista su misión, cediendo a tendencias similares. Es bien sabido que las palabras pueden enseñar, pero son los ejemplos los que realmente atraen. Por lo tanto, se necesitan modelos a seguir, que no solo destaquen por su conocimiento y experiencia, sino también por sus personalidades excepcionales, que no estén completamente mimadas, pero tampoco perdidas y que busquen una guía sólida.

Considerando que hay mucho por corregir tanto en el comportamiento de los estudiantes como en el de los profesores, es importante recordar que la profesión docente académica tiene una gran responsabilidad en la formación de la personalidad de

los jóvenes. Además de la obtención de títulos académicos y la mejora de las cualificaciones, un miembro del personal docente e investigador de una universidad moderna desempeña un papel crucial como educador y guía para sus estudiantes. Por lo tanto, si se desea abordar la preocupación de que la juventud de hoy esté siendo malcriada, es relevante recordar el antiguo dicho: ¡el pescado se echa a perder por la cabeza!

En última instancia, este estudio subraya la importancia de la profesión docente académica y su influencia en la formación de la sociedad y la próxima generación. Los profesores universitarios desempeñan un papel crucial al proporcionar no solo conocimientos, sino también guía, autoridad moral y modelos dignos de imitación. A medida que se abordan estos desafíos y se mejoran las competencias socioprofesionales, se puede contribuir a una educación más efectiva y a la formación de ciudadanos responsables y competentes.

CONCLUSIONES

A lo largo de la historia, el concepto de un maestro como modelo personal con autoridad moral ha demostrado ser perdurable y esencial para una educación efectiva. La enseñanza como una manifestación coherente de los valores transmitidos en la vida cotidiana sigue siendo fundamental en el sistema educativo.

Los profesores universitarios desempeñan funciones profesionales y sociales que se superponen y complementan mutuamente. Además de su enfoque en la enseñanza y la investigación, también tienen un papel educativo en la formación del carácter de sus alumnos. Este enfoque integral implica la necesidad de competencias socioprofesionales específicas.

Las competencias necesarias para ser un profesor universitario efectivo abarcan tanto aspectos profesionales como sociales. Estas competencias son esenciales para mantener una influencia positiva en la formación de la personalidad de los estudiantes y guiarlos en su desarrollo académico y personal.

La profesión docente académica desempeña un papel vital en la formación de la próxima generación. Por lo tanto, la calidad de la educación depende en gran medida de la integridad, autoridad

moral y competencia de los profesores universitarios.

En un entorno en el que las relaciones entre profesores y estudiantes pueden ser tensas, es esencial que los profesores sean modelos ejemplares en términos de conocimiento, experiencia y personalidad. Los profesores deben atraer a las jóvenes generaciones con su integridad y carisma, y desempeñar un papel activo en su desarrollo.

La falta de una política favorable para promover la profesión docente académica y la presión sobre los educadores pueden tener un impacto negativo en el ethos de la profesión. Factores como la insuficiente recompensa de los logros docentes, la falta de discusión comunitaria sobre el ethos del profesor y las malas condiciones de enseñanza son desafíos a superar para mejorar la educación.

Los resultados y conclusiones de investigaciones empíricas recientes en diversos entornos académicos, que exploraron las dinámicas entre profesores y estudiantes, arrojaron luz sobre esta cuestión. El análisis de estos resultados y el contenido de las entrevistas destacaron que ambas partes, profesores y estudiantes, tienen inquietudes legítimas. La causa subyacente de estos desafíos parecía estar relacionada con las carencias educativas, tanto en actitudes como en rasgos de personalidad, especialmente entre los profesores académicos. La falta de modelos morales y de autodisciplina se identificó como un factor común que contribuye a la regresión social tanto en el cuerpo estudiantil como entre los académicos. Por lo tanto, el reto educativo más importante relacionado con las cuestiones planteadas en este subapartado es, sin duda, la necesidad de sanar y mejorar la relación profesor-alumno.

En resumen, este estudio ha destacado la necesidad de definir nuevas orientaciones para la profesión docente académica en respuesta a los retos educativos contemporáneos. A lo largo de las subsecciones examinadas, se han identificado áreas problemáticas en términos de enseñanza y educación que presentan desafíos pendientes. Los actores principales en la resolución de estos desafíos son, en última instancia, los profesores y sus alumnos.

La primera y más prioritaria dirección para el desarrollo del profesor académico es la continua formación de su propia

personalidad a través de un trabajo constante en sí mismo. Es crucial reconocer que la fuerza de carácter y la influencia personal son elementos que pueden inspirar y motivar a los estudiantes a trabajar duro y alcanzar un nivel superior de desarrollo. Esto implica la necesidad de establecer altos estándares para los alumnos, pero también para él mismo.

El siguiente desafío crucial para el profesor implica construir relaciones efectivas con sus alumnos, basadas en la confianza mutua, lo que facilita el cumplimiento exitoso de su papel docente. Con una autoridad sólida y relaciones positivas establecidas con la comunidad estudiantil, se puede fomentar la participación de los estudiantes en proyectos de investigación y asumir un papel más amplio que abarca no solo la enseñanza y la investigación, sino también la tutoría y la guía, lo que, con el tiempo, podría llevar a un papel de defensor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arellano, A. M. D. (2016). Formación en competencias del docente universitario. Educere, 20(67), 529-538.

Argyle, M. (2017). Social interaction: process and products. Routledge.

Aydin, O. T. (2017). Research performance of higher education institutions: A review on the measurements and affecting factors of research performance. Yükseköğretim ve Bilim Dergisi, (2), 312-320.

Bermúdez-Aponte, J. J., & Laspalas Pérez, F. J. (2017). El profesor universitario: integración entre lo personal y lo profesional. El profesor universitario: integración entre lo personal y lo profesional, 109-126.

Bernate, J., & Guativa, J. A. V. (2020). Desafíos y tendencias del siglo XXI en la educación superior. Revista de Ciencias Sociales, 26(2), 141-154.

Blas, S. S., Mafé, C. R., & Pérez, I. P. (2014). El profesor universitario y su función docente. Espacio I+ D, Innovación más desarrollo, 3(5).

Caballero, K., & Bolívar, A. (2015). El profesorado universitario como docente: hacia una identidad profesional que integre docencia e investigación. REDU. Revista de docencia

universitaria, 13(1), 57-77.
Castillo Gutiérrez, A., Pastrán Calles, F. R., & Mendoza Mejía, J. L. (2020). El liderazgo ético del docente universitario en la formación del ethos del futuro profesional en el contexto de la sociedad del Siglo XXI. Revista Andina de educación, 4(1), 55-64. https://doi.org/10.32719/26312816.2020.4.1.7
Chateau, J. (2014). Los grandes pedagogos. Fondo de Cultura Económica.
Conde Carmona, R. J., Valbuena Duarte, S., & Padilla, I. A. (2018). Caracterización de la práctica pedagógica e investigación en educación matemática: Una mirada desde los maestros en formación y los egresados. Revista logos ciencia & tecnología, 10(4), 90-99.
Díaz Sacco, A. (2016). ¿Cuáles son las características de los docentes con mayor autoridad? Una mirada desde los estudiantes de Chile. Perfiles educativos, 38(153), 34-50.
Enríquez, M. B. (2020). Perspectivas éticas de la docencia universitaria en América Latina: retos y desafíos en el siglo XXI. Revista Educación, 579-595.
Ewing, A. M. (2012). Estimating the impact of relative expected grade on student evaluations of teachers. Economics of Education Review, 31(1), 141-154.
Ferro, C. R. B. (2022). El Orbis Sensualium Pictus (Comenius, 2017): origen de la educación universal actual. Revista de Investigaciones de la Universidad Católica de Manizales, 22(37), 30-49.
García-Gallego, A., Georgantzís, N., Martín-Montaner, J., & Pérez-Amaral, T. (2015). (How) Do research and administrative duties affect university professors' teaching?. Applied Economics, 47(45), 4868-4883.
Hernández García, O. E., & Padilla González, L. E. (2019). Expectativas de los estudiantes hacia la educación superior: influencia de variables familiares, personales y escolares. Sociológica (México), 34(98), 221-251.
Hinestroza, M. G., Sánchez, M. S., Kure, S. I., & Machado, M. C. M. (2019). Competencias profesionales del docente universitario desde una perspectiva integral. Killkana sociales: Revista de Investigación Científica, 3(1), 1-14.
Koga, A. L. (2023). O conceito de perfectibilidade na Pedagogia de

Jean-Jacques Rousseau. Editora Dialética.
Llorent, V. J., Zych, I., & Varo-Millán, J. C. (2020). Competencias socioemocionales autopercibidas en el profesorado universitario en España. Educación XX1, 23(1), 297-318.
Lorenz, H. J. (2021). A vida e a obra de Johann Firedrich Herbart numa nova perspectiva. Revista Espaço Pedagógico, 28(3), 855-876.
Martín-Romera, A., & García-Martínez, I. (2018). Profesionalización del docente en la actualidad: Contribuciones al desarrollo profesional. Profesorado, Revista De Currículum Y Formación Del Profesorado, 22(1), 7–23. https://doi.org/10.30827/profesorado.v22i1.9916
Más Torelló, O. (2011). El profesor universitario: sus competencias y formación. Profesorado, 15(3), 195-211 http://hdl.handle.net/10481/23166
Mateo Andrés, J. (2012). La Formación de Formadores en la Educación Superior. REDU. Revista de Docencia Universitaria, 10(2), 211-223.
Maura, V. G. (2002). El profesor universitario: ¿un facilitador o un orientador en la educación de valores? Pedagogía Universitaria, 7(4).
Molina, N. (2022). Origen racista de la institución y el concepto occidental de educación: un ejercicio deconstructivista. Revista revoluciones, 4(9), 72-88.
Mora Salazar, J. M. (2019). La ética profesional docente para un mejor desempeño laboral (Doctoral dissertation, Panamá: Universidad UMECIT, 2019.).
Òscar, M. T. (2016). La influencia de la experiencia en las competencias investigadoras del profesor universitario. Revista Complutense de Educación, 27(1), 13-34.
Pulido, M. L. (2018). Principios educativos de la educación occidental: la Edad Media. Revista Brasileira de Educação, 23, e230035.
Rabadán Bujalance, J. (2012). Ethos. Ethos, 111-119.
Roa, A. E. P., & Bernal, P. F. P. (2011). Fundamento de la postura epistemológica del maestro universitario-investigador. Revista Entornos, (24), 287-294.
Rozo, J. P., Quevedo, J. P. O., Uribe, J. N., & Rojas, I. N. P. (2019).

Competencias sociales en docentes universitarios en la ciudad de Bogotá. Conocimiento global, 4(2), 57-68.

Ruiz Bueno, C., Mas Torelló, Ó., Tejada Fernández, J., & Navío Gámez, A. (2008). Funciones y escenarios de actuación del profesor universitario: Apuntes para la definición del perfil basado en competencias. Revista de la educación superior, 37(146), 115-132.

Ruiz, J. A. (2018). ¿Qué aporta John Dewey acerca del rol del profesor en la educación moral? Foro de educación, 16(24), 125-140.

Salas, R. E. M., & Pavón, P. R. R. (2022). Retos y desafíos en la Educación Superior: una mirada desde la percepción de los docentes. Education in the Knowledge Society, 23, e264020.

Sánchez Cabezas, P. D. P., López Rodríguez del Rey, M. M., & Alfonso Moreira, Y. (2018). La orientación educativa en la actividad pedagógica profesional del docente universitario. Conrado, 14, 50-57.

Sánchez Vázquez, M. J. (2018). Ética, responsabilidad científica e investigación psicológica. Series: Debates. https://doi.org/10.35537/10915/65521

Silva, C. (2022). De la filosofía natural a la psicología de la moral en el" Ensayo sobre el entendimiento humano" de John Locke. Universidad Autónoma de la Ciudad de México-UACM.

Solórzano Soto, R. (2018). El impacto de la comunicación asertiva docente en el aprendizaje auto dirigido de los estudiantes. Revista Universidad y Sociedad, 10(1), 187-194.

Tablada, R. H., & Pelier, D. F. (2014). El profesor universitario en la formación de valores éticos. Revista Cubana de Educación Médica Superior, 28(1), 115-126.

Vargas Bejarano, J. C. (2010). Misión de la universidad, ethos y política universitaria. Ideas y Valores, 59(142), 67-91.

Zhenjiang, Z. (2014). Confucio, ética y civilización. Co-herencia, 11(20), 165-178.